





Qanik estaba castigado. Tenía que dormir en la barraca de los trineos y las pieles de foca.

Muy enfadado, chillaba y pataleaba.

Aquella tarde había estado jugando al parchís con su padre y sus hermanos mayores, Igaluk y Sialuka.

Siempre que jugaba, Qanik quería ganar. Por eso, cuando quedó el último, estalló como un volcán de gritos, lloros y puntapiés. Tiró el tablero y las fichas al suelo y rompió tres tazas.







Ahora, a solas en la barraca,  
aún pateaba contra el hielo.

Pateaba tan fuerte, que el hielo  
comenzaba a agrietarse.

Primero, despacio; pero, después,  
cada vez más rápido, tan rápido,  
que Qanik no tuvo tiempo de apartarse  
y cayó dentro.



